

Revista Internacional de Parapsicología

COMUNICACIONES DE PARAPSIKOLOGÍA



Editora responsable: Dora Ivniscky

Dirección postal:

Zabala 1930

1712 Castelar

Prov.de Buenos Aires

República Argentina

E-mail: nkreiman@arnet.com.ar

doraiv@hotmail.com

www.iespana.es/NaumKreiman/index.html

Número 14

Junio de 2007

SUMARIO

	Página
<i>Meno Luce</i> : Referencias a la Investigación Psíquica en las Biografías de Marie Curie	
<i>Juan Gimeno</i>	3
La muerte y yo	
<i>José Feola</i>	19
Transcripciones: Reflexiones sobre el tiempo	
<i>De la revista "Metapsichica" 2006</i>	38
Ciencia y Educación	45
Congresos y eventos	48
Revistas recibidas	48

Es una publicación del Instituto de Parapsicología

Meno Luce: Referencias a la Investigación Psíquica en las Biografías de Marie Curie

Por JUAN GIMENO

Meno luce (del italiano, “menos luz”) es la expresión propuesta como *leit motiv* para este artículo, en una doble acepción: por un lado era la utilizada con frecuencia por Eusapia Palladino durante sus sesiones, convencida de que una menor iluminación permitiría la producción de fenómenos más intensos; pero además será la hipótesis propuesta al analizar la actitud oscurantista de los biógrafos de Marie Curie, al repasar los años en que se involucró en la entonces llamada *investigación psíquica*. Llegadas de mundos mutuamente ajenos y antagónicos que buscaban complementarse, ambas mujeres compartieron decenas de jornadas, siendo protagonistas de una de las páginas más importantes en la historia de este campo.

A partir de la fundación, en 1882, de la Society for Psychical Research (S.P.R.), muchos de los principales científicos de la época alentaron, participaron o estuvieron atentos al resultado de lo que allí ocurría. Tal vez el ejemplo más divulgado en este sentido, por la estatura del protagonista, sea el prólogo escrito por Albert Einstein para un libro de experimentos de percepción extrasensorial, donde todavía es posible sorprenderse con sus comentarios: “He leído con gran interés el libro de Upton Sinclair y estoy convencido de que merece la más seria

consideración, no sólo de los legos sino de los psicólogos profesionales”ⁱ.

Sin embargo, desde mediados del siglo XX, una nueva generación de intelectuales ha transformado el entusiasmo inicial en un silencio obstinado, aunque también avanzando con ataques desproporcionados sobre la moderna parapsicología. Por supuesto que los biógrafos de aquellos sabios han hecho propia la nueva actitud, tratando de minimizar lo realizado por ellos, ignorando o banalizando sus aportes.

La Historia Oficial

Marie Curie es el paradigma de esta posición. Nacida en Polonia, en 1867, con el apellido Sklodowska, debió trabajar como institutriz en mansiones privadas para ayudar económicamente a su familia. De fuerte personalidad, agnóstica y amante de la ciencia pura, llegó a París en 1891. En medio de privaciones, pronto se licenció en ciencias físicas y luego en matemáticas.

Cuatro años después se casó con el físico francés Pierre Curie, viviendo ambos exclusivamente para la ciencia. Decidida a investigar las propiedades especiales del uranio, junto a su marido descubrieron dos nuevos elementos, el polonio y el radio, y realizaron sustanciales contribuciones para el esclarecimiento de la radiactividad, por lo que recibieron el premio Nobel de física. Marie fue la primera mujer en ganar un Nobel científico, y también en obtener una cátedra en la Sorbona. Después de la Primera Guerra Mundial, durante la que dirigió el servicio de radiología de la Cruz Roja, se convirtió en una celebridad internacional al asumir

activamente la causa de la paz y la difusión de las aplicaciones del radio en la lucha contra el cáncer.

Hasta aquí la historia más conocida, que puede leerse repetidamente en una decena de biografías consultadas. Sin embargo, en sólo cuatro de ellas se encuentra alguna referencia a la investigación psíquica, siempre en capítulos que incluyen aspectos secundarios de su vida, y más que nada tratando de justificar como un breve paso en falso lo que en realidad fue una actividad científicamente valorable.

Su segunda hija, Eve, nacida en 1904 y convertida en biógrafa oficial, incluye un conciso y casi idéntico fragmento en dos de sus libros: “Cierta gusto por lo misterioso, unido a la eterna curiosidad científica de los Curie, empuja a éstos, en esa época, en una vía singular: asisten a las sesiones de espiritismo dadas por el célebre médium Eusapia Paladinoⁱⁱ. No como adeptos, sino como observadores. Intentan explorar lúcidamente una región del conocimiento. Pierre, sobre todo, siente un interés apasionado por esas exhibiciones [y, en la oscuridad, observa ‘levitaciones’ de objetos, reales o imaginarias]ⁱⁱⁱ.”

“Para su espíritu imparcial, esos ensayos son desconcertantes. No tienen ni el rigor ni la lealtad de las experiencias del laboratorio. El médium obtiene a veces resultados sorprendentes, y los Curie están a punto de ser dos convencidos. Pero, bruscamente, descubren groseros fraudes y renace en ellos el escepticismo^{iv}.”

Robert Reid decide también incluir algunas palabras en su libro, para aclarar el malentendido, avanzando con algunos detalles: “Sorprendentemente,

durante aquel período se interesó por el espiritismo. Al principio, Marie Curie se sintió tan intrigada como él [Pierre] y otros muchos científicos por lo que era entonces una diversión de moda; parecía el acompañamiento apropiado para la reciente revelación a los profanos de los misterios de los rayos X y la radiactividad. Los Curie llegaron incluso una noche a sentarse alrededor de una mesa con su amigo Jean Perrin y con una médium de reputación internacional, Eusapia Paladino. Paladino se sentó, en la habitación oscura, entre los dos hombres; tenía su pie derecho sobre el pie izquierdo de uno de los físicos y su pie izquierdo sobre el pie derecho del otro. Era el viejo ‘truco del botín’. Un espíritu desencarnado –que no era otro que la propia Eusapia– se manifestó bajo la forma de una ‘emanación fluida’, de una ‘materialización ectoplásmica’ y rozó el rostro de uno de los participantes. De repente, uno de los asistentes encendió las luces, y pudieron ver a la Paladino, desprovista de sus zapatos ‘lastrados’ y agitando una bufanda de muselina, con su reputación súbitamente hecha añicos entre aquella pequeña asamblea de sabios”^v.

El texto de Francois Giroud es casi equivalente al de Reid, aunque sólo hace participar de la escena a Pierre: “El espiritismo, que siempre había intrigado a Pierre, estaba de moda. Los rayos X habían hecho nacer las más locas ideas acerca de las manifestaciones de lo invisible. Una mujer, médium de gran reputación, Eusapia Paladino, se exhibía por entonces en París. Pierre Curie y Jean Perrin se encontraron un día en torno a una mesa, con la bella dama sentada entre ambos. Eusapia puso su pie derecho sobre el pie izquierdo de uno, su pie

izquierdo sobre el pie derecho del otro y reclamó que se hiciera una oscuridad total.

“La luz se apagó. Una especie de ectoplasma se manifestó y rozó los rostros de Pierre y de Jean Perrin... ¿A quién se le ocurrió la idea de encender la luz? Eusapia había dejado sus zapatos lastrados sobre los pies de sus vecinos sin que éstos lo notaran, y luego había agitado ante sus caras un pañuelo de muselina”^{vi}.

Para Reid y Giroud entonces, los Curie, “empujados” por una “diversión de moda”, pierden “una noche” presenciando torpes trucos teatrales, que pronto descubren. Eve, por su parte, se preocupará por aclarar que era Pierre el “especialmente interesado” y el que ve algo en la oscuridad. Luego de los relatos de carácter casi grotesco, Reid finaliza terminante refiriéndose a Palladino: “Sin embargo, ello no le impidió proseguir con la cabeza bien alta su carrera en muchos otros salones, bajo la mirada menos atentamente escrutadora de ciertas eminencias científicas europeas. Todavía quedaba mucha gente que necesitaba creer”^{vii}. En cambio, la hija de los Curie cierra el tema de manera desconcertante: “La opinión final será incierta. Después de algunos años, María abandonará completamente el estudio de estos fenómenos”^{viii}.

¿Por qué la “opinión final será incierta” si el fraude había sido tan “grosero”?; y además, ¿por qué Marie tardará “algunos años” en abandonar experiencias que no tenían ni “el rigor ni la lealtad necesarias”? Estas últimas palabras parecen ser la punta de un ovillo que Eve conocía pero que no se atrevió a desenredar.

La Otra Historia

En primer lugar será necesario decir que Marie Curie fue miembro de la S.P.R., al igual que otros líderes de la ciencia de su tiempo, como el premio Nobel de física en 1911, William Crookes; el físico Oliver Lodge, presidente en 1911; o el premio Nobel de física en 1904, John William Strutt Rayleigh, también presidente en 1911; por citar sólo algunos. Es posible que ella se haya asociado a poco de llegar a París. Por ese tiempo la ciudad era un hervidero de investigadores psíquicos. Allí estaban Charles Richet, luego presidente de la S.P.R. en 1905 y premio Nobel de medicina y fisiología en 1913; Camille Flammarion, fundador de la Société Astronomique Française; y hasta Julian Ochorowicz, psicólogo y filósofo de la misma nacionalidad que Marie y codirector del Institut Général Psychologique. Tal vez el mismo Pierre, profesor de la École Municipale de Physique desde 1882, haya sido quien le diera las primeras noticias. En una carta que le enviara en 1894, año en que se conocieron, le confesaba que “estos fenómenos espiritistas me intrigan mucho. Creo que hay en ellos cosas que tocan muy de cerca el mundo de la física”^{ix}.

Pero aunque sólo fuera leyendo las publicaciones de la S.P.R., Marie debió pronto conocer la fama de Palladino, quien ya había convencido de la realidad de sus fenómenos, en 1892, a un grupo de destacados científicos en las conocidas “sesiones de la Comisión de Milán”^x. Tampoco le sería ajena la particular relación que tenía la médium con el fraude, ya que según Schrenck-Notzing: “En cuanto consigue, cambiando diestramente de sitio,

tener libre un brazo o una pierna (pie descalzado) sin que se aperciban, se sirve de ellos sin ningún escrúpulo y sin temor de pasar por una defraudadora. Una fotografía al magnesio, tomada durante las sesiones de Munich [1894], muestra el calzado vacío colocado sobre el pie del vecino de Eusapia”; aclarando después que “las supercherías de Eusapia no se basan jamás en procedimientos de prestidigitación o en la preparación establecida en vista de las sesiones. Son, generalmente, improvisadas, y se adaptan a cada situación con los medios más sencillos”^{xi}. Esta conducta espontánea y compulsiva, que dejaba paso a auténticos fenómenos en cuanto se le inhibía toda posibilidad de exteriorización, era bien conocida ya desde agosto y setiembre de 1895, cuando a raíz de las sesiones llevadas a cabo en la casa de Frederick Myers, en Cambridge, Julian Ochorowicz escribió un artículo al respecto publicado en París^{xii}.

Para entonces ya estaban bien estudiados los controles necesarios, como los utilizados en 1898, en Munich: “Alrededor de los tobillos de la médium, se han atado lazos cuya extremidad fija sólidamente el autor a los pies de la silla. Además, se fijan dos grandes tiras de papel blanco, que bajan hasta el suelo, por los dos lados a los vestidos de Eusapia para evitar que con sus extremidades inferiores toque los pies de la mesa”; y también las condiciones de iluminación, que no eran precisamente las mencionadas por Reid, Giroud y Eve Curie: “La parte alta del cuerpo es bien visible. Iluminación por una lámpara de doble mechero, y por la luz del farol que penetra en la habitación por las puertas del balcón, que han quedado abiertas”^{xiii}.

Eusapia Palladino había nacido en Nápoles, en 1858. Durante su infancia había perdido a sus padres y nunca había podido aprender a leer y escribir. A los 12 años había comenzado con experiencias de espiritismo, revelándose como un sujeto de efectos físicos superlativo. Ercole Chiaia fue quien la descubrió, protegió y dio a conocer en una carta célebre dirigida a Cesare Lombroso en 1888. Desde ese año realizó sesiones con todos los sabios que quisieran acercarse a ella. Richet recuerda que “hablaba solamente el napolitano, y el italiano apenas. Después, como era muy inteligente, consiguió comprender y aún hablar un poco el francés”. La “bella dama” de Giroud “era baja, más bien gruesa que delgada, con manos diminutas”^{xiv}.

En 1904 Palladino tenía 46 años y hacía uno que los Curie habían recibido el premio Nobel. En ese año ubica Reid el encuentro en el que describe el truco del botín. En rigor, esa anécdota tiene como fuente una biografía sobre Jean Perrin, amigo y vecino de los Curie, escrita por F. Lot^{xv}. La costumbre de descalzarse era conocida y ya había sido neutralizada por otros investigadores, que advertían sobre el riesgo de que moviera las patas de la mesa con su pie. Lo difícil es imaginar a una Eusapia que, con una persona a cada lado sosteniéndole las manos, haya podido, con el pie libre, agitar una bufanda de muselina delante del rostro de los visitantes. De todas maneras, puede aceptarse que ese encuentro fallido haya existido, aunque sin llegar a producir semejantes proezas gimnásticas. Tal vez se haya tratado de la presentación de Palladino con la intelectualidad parisina, informal y sin grandes pretensiones de controles. Probablemente después de esa reunión, que

Perrin tomaría como definitiva, se hayan acordado las condiciones para que una comisión de notables preparara un programa de trabajo que desechara cualquier incertidumbre con respecto al fraude y a los fenómenos que pudieran observarse.

Lo cierto es que, con o sin truco del botín, la verdadera tarea comenzó al año siguiente, en el Institut Général Psychologique, donde se montó un laboratorio con todos los instrumentos de investigaciones físicas y los aparatos registradores de fisiología más modernos. En total se realizaron 43 sesiones: 13 en 1905, 16 en 1906 y 14 en 1907, participando de ellas varios de los mejores sabios europeos, entre los que se puede mencionar a los omnipresentes Charles Richet y Camille Flammarion; el filósofo Henri Bergson, después premio Nobel de literatura en 1927; el químico francés André Debierne, descubridor de otro elemento radiactivo, el actinio, en 1899; Édouard Branly, pionero en el desarrollo de las válvulas electrónicas; y también Jules Courtier, secretario en aquel año del Institut Général Psychologique, encargado de redactar el reporte oficial^{xvi}.

“Para vigilar los dos pies de la mesa colocados cerca de Eusapia, se había establecido un control gráfico por contacto eléctrico. En el interior de cada uno de los dos pies de la mesa se encontraba un resorte móvil en un cilindro, que estaba comprimido mientras los pies de la mesa tocaban el suelo. Pero en cuanto se levantaban el resorte se aflojaba (...) y se restablecía una corriente eléctrica”^{xvii}. Por otro lado, las patas de la mesa se introducían en vainas fijadas al suelo para evitar el contacto de la mesa con los pies de los presentes. Y por último, la silla se

colocaba sobre una balanza, que estaba en relación con un tambor de Marey, para registrar cada modificación de peso o movimientos intensos de la médium. Éstas eran las condiciones de seguridad preparadas por, según Reid, “la mirada menos atentamente escrutadora de ciertas eminencias científicas europeas”.

Con luz escasa, aunque suficiente para completar un control visual satisfactorio, se verificaron frecuentes levitaciones de la mesa, como la que tuvo lugar el 16 de octubre de 1907, “durante la que todos los asistentes estaban de pie, y alcanzó una altura de 50 cm. Courtier sostenía los pies de Eusapia. M. Debierne tocó la mesa con su mano, conducida por Eusapia; Youriévitich sujetaba la otra mano de Eusapia”^{xviii}. La mesa efectuaba movimientos rítmicos de oscilación mientras se contaban los segundos en voz alta. El tiempo más largo cronometrado fue de 52 segundos, el 5 de noviembre de 1906.

También fueron movidos objetos bastante pesados. En la sesión del 10 de abril de 1905 “los pies de Eusapia estaban atados a los pies de la silla, las manos fijadas a las muñecas de sus vecinos por unas ligaduras. En estas condiciones, una mesita situada a 50 cm a la izquierda de Eusapia, es levantada hasta los hombros de M. Curie, vuelta y colocada sobre la mesa de sesiones, con los pies arriba (...). M. Curie admiró la precisión con que se había efectuado este transporte, describiendo una curva hermosa, y sin tocar a nadie”^{xix}. Por último, se comprobaron reiterados fenómenos de contacto, y la existencia de manos que podían palpase, que aparecían en correspondencia con los demás

fenómenos, como recuerda Richet: “Entonces con mi mano derecha que tenía libre, toqué a través de la cortina la mano saliente, muy alta sobre la cabeza de la Paladino. Sentí una resistencia y cogí una mano verdadera que abarqué con la mía (...). La retuve fuertemente y conté veinte y nueve segundos, tiempo durante el cual pude observar las dos manos del médium sobre la mesa, interrogar a Mad. Curie para saber si estaba segura del control, y al mismo tiempo palpar, apretar e identificar con la mía la mano que cogía a través de la cortina”^{xx}.

En 1906, el matrimonio Curie ya no dudaba de la autenticidad de los fenómenos ni de su trascendencia. En medio de las sesiones de aquel año, el 14 de abril, Pierre le escribe a su amigo, el físico Georges Gouy, decidido: “Tuvimos nuevas ‘sesiones’ con Eusapia Paladino (ya habíamos tenido otras el último verano). El resultado es que los fenómenos existen, son reales, y ya no puedo dudar más. Es increíble pero es así; es imposible negarlos después de sesiones con controles perfectos (...). Hay, según creo, un ámbito completamente nuevo de hechos y estados del espacio y de la materia de los cuales no tengo la más mínima idea”^{xxi}.

Ésta sería una de las últimas cartas que escribiría Pierre, ya que a los pocos días, el 19 de abril, moriría en un accidente callejero, mientras cruzaba distraído una bocacalle de París. Por su parte Marie, después de las sesiones de 1907, firmaría las actas junto a sus colegas y se retiraría para siempre de la investigación psíquica. Algunos años después, cuando escribiera la biografía de Pierre^{xxii}, confirmaría el alejamiento al no dedicar una sola

línea a divulgar aquel último trabajo que habían llevado adelante juntos.

Resulta ocioso preguntarse qué hubiese ocurrido en caso de seguir vivo Pierre. ¿Sería él acaso el verdadero interesado? Lo cierto es que a partir de su viudez, Marie dedicó todo su tiempo al cuidado de sus dos hijas y a seguir trabajando intensamente en física. Ocupó la cátedra de la Sorbona que había dejado Pierre y dirigió la fundación que llevara su apellido de casada. En 1910, siempre luchando contra los efectos nocivos de la exposición durante tantos años a materiales radiactivos, que le provocaban anemias crónicas y todo tipo de dolores, publicó 2 gruesos volúmenes de su *Tratado sobre la Radiactividad*. Y aunque no pudo ingresar a la Académie des Sciences francesa, recibió por segunda vez, en 1911, un premio Nobel, en ese caso de química, por el descubrimiento del radio que, según destacó el químico sueco Svante Arrhenius ante el comité del Nobel, se trataba del “descubrimiento más importante que se había hecho en química durante los últimos 100 años de investigación”^{xxiii}.

El Oscuro Presente

En 1976, a 42 años de la muerte de Marie, el físico R.A. Mc Connell se lamentaba: “En la Edad de Oro de la física era fácil hallar entre los físicos apoyo público para la parapsicología. ¿Qué sucedió desde entonces? Ninguno de los líderes de la física dice hoy públicamente que la investigación de esos fenómenos merece apoyo. Muerto el último de los titanes, lo más que puede esperarse es una palabra de aliento en privado”^{xxiv}.

Confirmando este diagnóstico, en el año 2001, el autor de este artículo entrevistó al Dr. Gregorio Klimovsky, ex-rector de la Universidad de Buenos Aires y para muchos el más importante epistemólogo argentino. Después de aceptar su simpatía por la investigación parapsicológica, y reiterar su posición esperanzada en cuanto a que la parapsicología pudiera ser, en el futuro, aceptada como ciencia plena, ante la pregunta de si él conocía algún científico argentino que estuviera dispuesto, no ya a trabajar codo a codo, sino simplemente o conversar sobre el tema, permaneció un largo minuto en silencio y luego dijo, lacónico: “No, ninguno”.

¿Cómo entender este cambio rotundo durante el transcurso del siglo XX? En primer lugar, debe tenerse en cuenta la complejidad del objeto de estudio de la parapsicología. Tomando como ejemplo la radiactividad, sólo debieron pasar 38 años desde que Henri Becquerel, por accidente, observara los rayos desconocidos que emitían unas sales de uranio guardadas en su escritorio, hasta la resolución final del problema, con la obtención de sustancias radiactivas mediante el bombardeo con neutrones de los núcleos atómicos, por parte de Enrico Fermi. En cambio la parapsicología, después de más de 120 años de duras búsquedas, todavía no puede publicar un solo experimento replicable por cualquier investigador independiente, ni exponer una teoría seria que integre sus fenómenos al del resto de las ciencias naturales.

Por supuesto que esto último no puede ser utilizado como argumento en contra de la idoneidad de los parapsicólogos, ya que su trabajo es infinitamente más arduo y complejo. Si es permitida

una metáfora, puede decirse que mientras la tarea del físico o del biólogo es equivalente a la del fotógrafo de minerales, la del parapsicólogo se asemeja más a la del fotógrafo de pájaros o mariposas, con movimientos desconcertantes que obligan siempre a estrategias diferenciadas. Claro que muchas de esas dificultades podrían disminuir si hoy se tuviera a disposición aunque fuera una persona en el mundo como Eusapia Palladino, reclamando a viva voz “meno luce” ante un grupo de premios Nobel sentados a su alrededor; o si al menos los biógrafos no se encargaran de oscurecer deliberadamente el pasado, contradiciendo los principios éticos que defendieron en vida aquellos pioneros.

Cuando se supo que el radio podía convertirse en un aliado en la lucha contra el cáncer, varios países habían hecho planes para su explotación. Sin embargo, sólo podía producirse accediendo al secreto de las delicadas operaciones a que había que someter a la materia prima. “Cierta mañana de domingo, Pierre explicó a su esposa lo que ocurría. Acababa de leer una carta que le habían dirigido en demanda de información varios ingenieros de los Estados Unidos, que querían utilizar el radio. Tenemos dos caminos, le dijo Pierre: O bien describir los resultados de nuestra investigación sin reserva alguna, incluyendo el proceso de la purificación (...); o bien podríamos considerarnos propietarios e ‘inventores’ del radio, patentar la técnica del tratamiento de la peblend y asegurarnos los derechos de la fabricación del radio en todo el mundo.

“Marie reflexionó unos segundos y dijo luego: Es imposible, sería contrario al espíritu científico (...), los físicos siempre publican el resultado

completo de sus investigaciones (...). Un cuarto de hora después Pierre y Marie rodaban sobre sus bicicletas hacia el bosque. Acababan de escoger para siempre entre la fortuna y la pobreza. Al caer la tarde regresaban exhaustos, con los brazos cargados de hojas y flores silvestres”^{xxv}.

Referencias

- ⁱ Sinclair, U. *Telepatía (Mental Radio)*. Caralt. Barcelona. 1977.
- ⁱⁱ En los textos consultados, el apellido de la médium se encuentra escrito unas veces con *l* y otras con *ll*, indistintamente. El criterio empleado en este artículo es utilizar la *ll*, respetando en los demás casos la grafía original.
- ⁱⁱⁱ El texto entre corchetes está sólo incluido en: Curie, E. *Madame Curie*. Hachette. Buenos Aires. 1942 (en francés): “et, dans l’obscurité, il mesure des ‘lévitations’ d’objets –imaginaires ou réelles–. Pág. 181.
- ^{iv} Curie, E. *La Vida Heroica de Marie Curie*. Buenos Aires. Espasa Calpe. 1940. Pp. 231–232.
- ^v Reid, R. *Marie Curie*. Salvat S.A. Barcelona. 1995. Pp. 111–112.
- ^{vi} Giroud, F. *Madame Curie, una Mujer Honorable*. EMECÉ. Buenos Aires. 1982. Pág. 120.
- ^{vii} Reid, R. *Op. Cit.* Pág. 120.
- ^{viii} Curie, E. *Op. Cit.* 1940. Pág. 232.
- ^{ix} Carta de Pierre Curie a Marie Sklodowska. 17 de setiembre de 1894. Fondo documental Curie. Biblioteca Nacional. París. Francia.
- ^x Comey, A. 1894. *The Psychical Experience of Unusual Physichal Phenomena Occurring in the Presence of an Entranced Person (Eusapia Palladino)*. Journal S.P.R. 6. 306–336, 346–360. Y también Podmore, F. 1894. *Review of “Expériences de Milan” by Charles Richet and of “Rapport de la Commision réunie à Milan pour l’étude des phénomènes psychiques”*. Proceeding S.P.R. 9. 218–225.
- ^{xi} Schrenck–Notzing, A. *Los Fenómenos de la Mediumnidad*. Bauzá. Barcelona. 1928. Pp. 78–79.
- ^{xii} Ochorowicz, J. *La Question de la Fraude dans les Expériences avec Eusapia Palladino*. Annales des Sciences Psychiques. 6. 79–123.
- ^{xiii} Schrenck–Notzing, A. *Op. Cit.* 1928. Pág. 69.
- ^{xiv} Richet, C. *Tratado de Metapsiquica*. Araluze. Barcelona. 1923. Pág. 484.
- ^{xv} Lot. f. *Jean Perrin*. Seguers. París. 1963. Pág. 101.

-
- ^{xvi} Courtier, J. 1908. *Rapport sur les Séances d'Eusapia Palladino à L'Institut Général Psychologique*. Bulletin de L'Institut Général Psychologique 8, 415–546. También un breve pero riguroso resumen en inglés sobre la actuación de los Curie puede encontrarse en: Alvarado, C. 2004. *Letters*. Paranormal Review. N° 29. Pág. 33.
- ^{xvii} Schrenck–Notzing, A. *Op. Cit.* Pp. 75–76.
- ^{xviii} Schrenck–Notzing, A. *Op. Cit.* Pág. 75.
- ^{xix} Schrenck–Notzing, A. *Op. Cit.* Pág. 95.
- ^{xx} Richet, C. *Op. Cit.* Pág. 577.
- ^{xxi} Carta de Pierre Curie a Georges Gouy. 14 de abril de 1906. Citada en www.mcremo.com/paranormal.html.
- ^{xxii} Curie, M. *Pierre Curie*. Lautaro. Buenos Aires. 1944.
- ^{xxiii} Reid, R. *Op. Cit.* Pág. 173.
- ^{xxiv} Mc Connell, R. *La Parapsicología y los Físicos*. Journal of Parapsychology. V 40 N° 3. September 1976. También en Comunicaciones de Parapsicología N° 13. Marzo 2007. Traducido al castellano por Dora Ivinsky.
- ^{xxv} *Biografía Escrita por Eve Curie, Hija de Marie y Pierre Curie*. En www.geocities.com/fcueto/ciencia/curie.htm.
-

LA MUERTE Y YO

Por JOSÉ FEOLA

Si la Muerte fuera un personaje como aparece en la película *El Séptimo Sello* de Ingmar Bergman, seguramente estaría jugando al ajedrez conmigo, una larga partida, puesto que empecé a tratarla desde antes de nacer! En efecto, una semana antes del 30 de Mayo de 1926, mi madre se cayó de una escalera, no muy alta, pero suficiente como para matar al futuro científico y psíquico. El parto fue difícil,

pretendía salir de traste, quizás presintiendo lo que sería mi vida, y me sacaron con los “fierros” los cuales dejaron huellas en mi tierna cabeza.

Algunos investigadores piensan que este es el origen de mis tempranos temores de la muerte como así también de mis experiencias psíquicas.

Mi segundo encuentro con la muerte tuvo lugar cuando tenía seis meses. Mi abuela María, por quien me llamaron José María, debido a que lloró tanto porque nunca iba a tener una nieta puesto que mi madre no podía tener más hijos, tuvo la gran idea de darme un plato de tallarines que no sé cómo tragué. El resultado fue lo que mi madre llamaba “fiebre intestinal” la cual me llevó propiamente a las puertas de la muerte.

Cuando tenía dos años, estaba explorando un barril lleno de agua de lluvia en una esquina de la casa, cuando me caí adentro de cabeza. En ese preciso momento, mi madre, quien estaba en la cocina a unos diez metros del barril, sintió que algo pasaba y vino rápidamente a buscarme y llamándome. Vino derecho al barril y me sacó a tiempo, salvándome la vida.

Me hice consciente de la muerte cuando murió mi tío Antonio. Estuvo a vernos una tarde y al día siguiente vinieron con la noticia de que estaba muerto. Fuimos a su chacra, en las afueras de *25 de Mayo*, y allí estaba, rígido, de espaldas sobre una mesa de la gran cocina, esperando a que llegara la gente del servicio fúnebre.

Tenía puesto su traje negro, camisa blanca y un moño de cinta azul como corbata.

Me quedé solo con él por un largo rato. Creía que en cualquier momento se movería y se bajaría de

la mesa, pero eso no sucedió. Así que esto es la muerte, pensé. Y esa imagen ha perdurado toda mi vida, hasta este momento en que escribo, setenta y seis años después. Maravillas del cerebro.

La vez siguiente en que estuve realmente cerca de la muerte fue en 1935, cuando tenía nueve años. Estábamos en buena posición financiera en ese momento. Mi padre había comprado un Ford A de 1930. Era verano, la hora en que la gente gozaba yendo al parque y laguna Mulitas. “¿Por qué no vamos a la laguna?”. Hubo cierta duda porque estaba por lo general lleno de gente, pero finalmente arrancamos para cubrir los cuatro kilómetros hasta el parque. Mi padre manejaba conmigo sentado a su lado y mi madre del otro lado. Un empleado de mi padre se sentó en el asiento de atrás y pronto empezó a bromear que él iba tirado descansando y gozando de la brisa. Entonces las fuerzas oscuras de este mundo cambiaron el destino de toda la familia en unos pocos segundos, actuando a través de un hombre irresponsable. La ruta tenía dos manos, y había numerosos autos que venían en dirección a la ciudad. Nosotros avanzábamos despacio, gozando de la brisa, no había nadie delante de nosotros. Alberto, atrás, iba diciendo, “¡Mira, José, lo que te estás perdiendo! ¿Por qué no vienes al asiento de atrás?” al tiempo que pretendía estar fumando un gran cigarro. Entonces sucedió. De pronto, un auto que venía en la otra dirección se salió desde atrás de un ómnibus para pasarlo y nos chocó de frente, violentamente. Mi madre lo vio venir y rápidamente cubrió mi cara con su saco. Una escena horrible siguió al tremendo impacto. Mi padre pegó en la mariposa del parabrisas

con su cabeza, el hueso frontal se rompió, y después nos dijeron que habían encontrado pedazos del cerebro en la mariposa. Pero él no estaba muerto y no murió. Mi madre tenía una mala herida arriba de su ojo izquierdo, y mi labio inferior tenía un corte profundo causado por un trozo de vidrio. Perdimos de vista a nuestro pasajero en el asiento de atrás; no supimos de él hasta el día siguiente. Había pegado y roto el travesaño de soporte de la capota con su cabeza. Lo habían visto arrastrándose a más de un kilómetro de distancia del sitio del accidente. Mis sentimientos después fueron que existen fuerzas desconocidas, poderosas e irresistibles que pueden y cambian drásticamente las vidas de la gente de tiempo en tiempo. Un amigo de la familia llevó a mi padre a Buenos Aires directamente al Hospital Italiano, donde un cirujano famoso le arregló la frente lo mejor que pudo sin ponerle una chapa de metal en la “estrella” que le quedó para siempre, mostrando los latidos del corazón. En un mes, el hombre de la estrella en la frente estaba de vuelta en su trabajo.

En ese fatídico año 1935, de nuevo escapé a la muerte no sé cómo ni por qué.

Era el 22 de Agosto, un miércoles, cerca de las cinco y cuarto, cuando mi gran amigo Coco, también de nueve años, vino a verme, saludó a mi madre, quien estaba conmigo en la puerta, y me preguntó si quería ir a ver una película con él.

Le dije, “Por supuesto, ¡pero no tengo guita!” A lo cual respondió, mientras ponía dos dedos en un pequeño bolsillo cerca del cinto de sus pantalones cortos, “Mira, ¡soy rico! ¡Tengo tres pesos! Estaré feliz de invitarte”. La entrada costaba veinte

centavos, así que él era realmente rico. Al cine nos fuimos, nos divertimos, y dijimos “Te veo mañana,” cuando regresamos a nuestras casas. Pero no vi a Coco el jueves, ni el viernes. El sábado, cerca de las diez de la mañana, escuché a mi madre en el teléfono. Ella decía: “¿Está seguro? ¿Está seguro que es Coco? Pero si yo lo vi el miércoles...” Colgó el tubo, vino llorando a mi cuarto y dijo, “Coco se fue, Coco está muerto!”. Pregunté, “¿Qué pasó, un accidente?” “No, no, fue difteria negra. Murió anoche, pasada media noche; el cajón fue sellado inmediatamente y llevado al cementerio y enterrado.”

Las ordenanzas locales eran severas para la difteria negra. No fue hasta dos semanas después que fui a su tumba a ponerle unas rosas. Cada año iba a visitarlo. Un retrato ovalado, mostrando a Coco sonriente había sido colocado allí por sus padres. Yo siempre iba a la mañana temprano, para que nadie me viera. Pero sus padres sabían. Un día, cuando fui al negocio que tenían de artículos de cuero, la mamá me dijo, “Gracias, José, gracias por recordar a Coco.” Y yo siempre lo recuerdo.

No mucho tiempo antes de su partida nos habíamos prometido uno al otro que si uno moría, el otro esperaría en algún lado. Hablábamos sentados en un banco debajo de uno de los dos inmensos alcanforeros de la Plaza Mitre. Me cuentan que todavía están allí, después de varias amenazas de cortarlos porque las raíces llegan muy lejos y levantan las veredas.

Un año más tarde, tuve que operarme de una hernia epigástrica, para lo cual tenían que anestesiar me. El doctor dijo que tenía que contar y

que me iba a dormir antes de llegar a treinta. Pero yo tenía gran resistencia porque pensaba que estaría sin defensas y no podría defenderme cuando estuviera dormido. Lo que sentí cuando empezaba a dormirme era que caía en espiral, lentamente yendo hacia abajo y dando vueltas, mientras la pared cilíndrica alrededor mostraba muchas flores de lis arregladas simétricamente sobre un fondo amarillo. Pensé que si esto era lo que se parecía a la muerte, entonces morir se no era para tanto.

Es curioso que me llevó tantos años llegar a un acercamiento racional a la muerte con el cual me siento más bien confortable. Puesto que voy a tratar sobre mis otras experiencias de encuentros cercanos a la muerte, voy a darles ahora mis ideas, de modo que puedan meditar sobre ellas antes de proseguir. Aquí están:

Hay tres mayores posibilidades acerca de lo que pasa después de la muerte. La primera es que cuando morimos, eso es todo. Es el final, nuestros átomos y moléculas vuelven al mundo de los cambios de materia y energía, pero no hay nada que se relacione a nuestra personalidad de ningún modo. Bajo esta posibilidad no hay alma, espíritu, ni nada que se le parezca. La experiencia de la vida es finita y sirve cualquiera sea el propósito de la naturaleza o ningún propósito. Usted le da significado a su vida, si usted quiere, o simplemente vive día por día. Pero esto es todo. Es lo que decía J. Nehru: “El propósito de la vida es vivir.”

La segunda posibilidad es que hay vida después de la muerte. Puede tomar muchas formas, puede haber reencarnación y crecimiento a través de muchas

vidas, de muchos universos, y así siguiendo. La clave de esta posición es que usted y yo, y todo el resto estamos yendo hacia una meta, o hacia Dios.

La tercera posibilidad es que el alma existe, y deja el cuerpo al morir, pero va a una especie de limbo, adonde permanece hasta el Juicio Final. Entonces o bien va al Cielo, o al Infierno, para siempre. Todas las otras posiciones son variantes de estas tres.

Mi posición al presente es que cualquier cosa que pase después de la muerte está bien para mí. Si es el fin, ¡muy bien! No más problemas, trabajo, comer, no más dolor, enfermedad, bueno y malo, hermoso y horrible. Nada. Fantástico.

Si hay sobrevivencia y más vidas y más trabajo y nuevas experiencias, fantástico también. Que vengan no más. Y si hay esa clase de limbo, también es maravilloso. Pudiera ser una especie de larga siesta durante la cual podemos revisar todas nuestras experiencias, y ver variaciones de lo que dijimos, lo que podríamos haber dicho para cambiar la situación, lo que podríamos haber hecho si esto pasaba, o si otra persona hubiera dicho o hubiera hecho esto o lo otro. Y podríamos detenernos ante la belleza de algunas experiencias, hasta que llegara el Juicio Final.

Pero hay más, hay una cuarta posibilidad, y esta es que podemos elegir lo que queremos hacer o ser después de la muerte. Ser capaz de llevar a cabo la decisión que uno toma es otra cuestión, sin embargo. Uno tiene que pensar mucho, meditar mucho, hasta que uno realmente se conoce a sí mismo. Entonces uno puede empezar a construir su propia alma y hacerla inmortal, si uno así lo desea. También uno

puede decidir desaparecer totalmente, disolverse. Una posición como esta fue apoyada por George I. Gurdjieff, quien enseñó que el “trabajo” consistía en aprender cómo construir un alma y cómo hacerla inmortal. Por supuesto, si usted decide construir un alma, y no hace su trabajo, tiene problemas.

Esta no es una posición muy cómoda, y tengo que confesar que no sé si es cierta, como tampoco sé si las otras pueden ser verdaderas. El punto es que cualquiera que sea, es buena para mí. Y creo que es buena para usted también.

Desde 1940 hasta 1943 fui a la Escuela Normal Mixta, la única escuela secundaria disponible, donde recibíamos preparación para ser maestros de escuela primaria. Fui el primero de la clase por cuatro años con becas todos los años terminando con un promedio general de 9,56. Esto merecía la medalla de oro, pero la dictadura decretó la abolición de gastos innecesarios. Me ofrecieron dos puestos, pero los rechacé porque había decidido ir a la Universidad de La Plata.

También completé diez años de estudios de violín siguiendo el programa del Conservatorio Santa Cecilia, pero nunca di el concierto final, porque pensé que me faltaba algo para ser como Jascha Heifetz, así que me concentré en estudiar matemáticas y física. Me había convertido en un fuerte jugador de ajedrez, ganando la segunda categoría invicto. Le gané al gran maestro Miguel Najdorf en unas simultáneas a ciegas e hice tablas con el campeón argentino Jacobo Bolbochán. Me

invitaron a continuar jugando en Buenos Aires, pero nunca lo hice.

Volviendo a nuestro tema, en esos años escapé a la muerte otras tres veces. Mis casi ejecutores fueron tres hombres con problemas mentales.

En la esquina cruzando de la plaza había una panadería. Así que estaba esperando por pan fresco, hablando acerca de Misani (no es su nombre verdadero) e imitándolo, él había entrado en el negocio detrás nuestro. Él no recordaba el nombre de la gente, se refería a ellos por las calles donde vivían. Por ejemplo, decía, “14 y 22, hijo de p..., político sucio; 28 y 10, buen doctor”, y así siguiendo. Cuando escuchó que yo imitaba su voz, se me acercó por detrás. Tenía un gran salame duro en su mano derecha, y antes de que nadie me alertara, me pegó en el medio de la cabeza con gran fuerza. Alguien lo sujetó antes que me pegara de nuevo. No me desmayé, pero estuve mareado por un rato, y me salió un gran chichón que requirió presión y hielo antes de volver a lo normal. Nunca más lo imité, no en público por supuesto.

El segundo y más grande peligro fue en las manos de un vecino, un interesante hombre que había tenido un colapso cuando estudiante; nunca recuperó sus facultades que eran notables para la geografía. Cuando estaba normal, podía hablar sobre montañas, ríos, países, capitales del mundo. Pero ¡ay!, él no estaba normal la mayor parte del tiempo, lo mantenían tranquilo con Luminal y bajo vigilancia. Su nombre de pila era Carlos, su familia una de las tradicionales del pueblo y buenos amigos de mi familia. Una tarde en que yo entraba a su casa a ver a

su anciana madre, con quien solía jugar a las cartas, Carlos vino por detrás mío, me tomó del cuello y me levantó como a un pollo. Me estaba apretando fuerte cuando una de sus hermanas vino y empezó a gritar, “¡Carlos, Carlos, deja a ese chico!”. Por suerte me soltó, y ahora estoy contando la historia.

La tercera y más peligrosa llamada sucedió en el mismo zaguán de entrada. Había un pequeño hombre loquito que solía andar alrededor de la plaza. Tenía una barba roja, ojos pequeños, sus ropas sucias, y siempre estaba buscando comida. Nosotros lo llamábamos Barajita, un sobrenombre que, por razones desconocidas, lo ponía furioso. Así que varios de nosotros le estábamos gritando, me empezó a correr a mí. Me metí en la casa de Carlos, me escondí detrás de la gran puerta esperando que Barajita no me viera. Pero él me había visto. Entró y cuando me vio contra la pared, sacó un gran cuchillo de entre sus ropas y sin dudas me iba a matar, cuando la misma hermana de Carlos que me había salvado antes vino desde adentro y le gritó “¡Pare, pare, maldito desgraciado, pare!”. Ella tenía una voz aguda y penetrante, Barajita salió corriendo. Creo que muchos pensarán que Delicia era mi ángel guardián. De algún modo lo era. Delicia me había enseñado a leer cuando tenía cinco años y había empezado a leer los chistes por mi cuenta.

Los años del profesorado en la Universidad de La Plata, 1944-1947, fueron extraordinarios en todo sentido. Teníamos un grupo de profesores escapados de la España franquista que no tenían rivales en sus especialidades. Aparte de la universidad, tocaba el

violín en la orquesta de cámara de La Plata y después en una orquesta típica que me daba suficiente para pagar mis estudios. La muerte se nos acercó cuando nos declaramos en huelga y empezamos a luchar contra la policía montada casi todas las tardes del año 1945. Nuestra única defensa era tirar bolitas para que se cayeran los caballos. Varias veces el sable desnudo pasó sobre mi cabeza, pero por suerte me escapé, de lo contrario no estaría escribiendo esto.

La noche más peligrosa fue la del 2 de Octubre, cuando mi amigo José Luis y yo quedamos atrapados adentro del edificio sede del Presidente de la universidad y las facultades de humanidades y derecho. Vigilábamos todas las ventanas, pero nuestras únicas armas eran piedras. Por la tarde, la dictadura emplazó cuatro ametralladoras, una en cada esquina de las calles 6, 7, 47 y 48. Ya nos dábamos por muertos cuando a eso de las ocho, un policía nos vino a buscar, nos llevó a la entrada principal y nos dijo que podíamos irnos con mi padre, quien nos estaba esperando. Mi madre había sufrido un ataque de nervios y había perdido la memoria, sólo repetía “Mi hijo, mi hijo”. Por suerte en un día se recuperó. La policía tomó la universidad al día siguiente y todos los estudiantes y profesores debieron pasar en fila india entre policías que les pegaban con los puños y les daban puntapiés. La señora del vicepresidente perdió su niño de ocho meses ante la indignación de toda la ciudad. Todo esto está escrito en los diarios de la época, especialmente *El Día* de La Plata, así que no necesito insistir.

Déjenme ahora hacer un paréntesis acuífero. Yo nunca aprendí a nadar. Mi madre me llevaba a la laguna de vez en cuando con mi equipo desde los cinco años. Aprendí a flotar y a hacer la plancha, con lo cual me bastaba. Pero de vez en cuando trataba de imitar a Tarzán y ahí venían los problemas. Contaré sólo unas pocas instancias en que corrí real peligro. De vacaciones en las sierras de Córdoba, íbamos a un lugar al que llamábamos “la hoya”. Era un pozo de unos diez metros de diámetro y mi aventura era cruzarlo sin hundirme. Lo hice tres veces en tres días a duras penas. La última vez me puse a hablar con un señor del lugar quien me contó que allí se habían ahogado varios... ¡La hoya en el medio tenía 20 metros de profundidad! Santas palabras, nunca más me acerqué ni a la orilla. Explorando instancias con la posibilidad de intervención psíquica, recuerdo una vez en que volvíamos de unas vacaciones en Carolina del Norte. Mi señora (Adriana) no manejaba entonces y para mí resultaba pesado en una tarde muy calurosa. De modo que decidimos detenernos y seguir a Lexington al día siguiente. Paramos en un Howard Johnson porque tienen muy buena comida y los niños pagan menos. Corrí a nuestro cuarto, me cambié y fui a la pileta. Como siempre hago, me tiré al costado de la pared por si necesitaba agarrarme. Sorpresa, cuando daba mis primeras brazadas, los brazos no me respondían y empecé a dar manotazos desesperados. Cuando ya me hundía, sentí un brazo poderoso que me levantó en vilo y me sentó al borde de la pileta. Un hombre de unos cuarenta años me había visto y se tiró inmediatamente a sacarme del agua. Estaba vestido, camisa y pantalones y zapatillas. Se había

hecho cargo de mi situación y consiguió sacarme antes que tragara una gota de agua. Le agradecí profusamente y los invité a cenar pero no quiso aceptar de ninguna manera. Ellos eran de Ohio e iban de regreso a su hogar como nosotros. Yo ni me había dado cuenta que estaba sentado atrás mío, no muy lejos.

Aquí quiero relatar dos episodios realmente peligrosos que protagonicé con mi colega y amigo el doctor Dan J. Beninson, recientemente fallecido cuando era presidente de la Comisión Nacional de Energía Atómica (CNEA). Beninson era médico y también tenía un doctorado en física experimental. Ambos nos especializamos en la protección contra las radiaciones ionizantes. Cuando tuvimos estas peligrosas aventuras alrededor de 1957, Dan era el jefe de división de una de las gerencias de la CNEA y yo el jefe de la sección de protección de otro departamento. Nos enviaron a inspeccionar las minas de uranio en Mendoza y la fábrica de separación en Córdoba. Cuando regresábamos desde las minas hacia Mendoza en una camioneta manejada por uno de los empleados de las minas, recibí una impresión que aun me dura: miles de tarántulas cruzando la ruta de uno a otro lado porque quemaban los pastos secos. Cada dos o tres metros cruzaban las tarántulas mientras yo miraba con miedo a que pudieran entrar en la cabina de nuestra pickup. El chofer se reía cuando yo le decía que cerrara bien los vidrios. Esto duró como media hora y aun hoy las veo y escucho el sonido de algunas reventadas bajo las cubiertas de nuestro vehículo. Ni quiero pensar lo que hubiera

sucedido si una tarántula hubiera penetrado la cabina.

El segundo episodio casi mortal sucedió unos días después cuando volábamos con Dan en un DC-3 hacia Buenos Aires. Con nosotros venía uno de los candidatos a Presidente, el Dr. Zavala Ortiz, dos monjas y unos pocos pasajeros más. Dan estaba recostado sobre la ventanilla y yo en el asiento del medio. Al cabo de una media hora de vuelo, una enorme tormenta nos enfrentó. El avión empezó a temblar como una hoja seca, las monjas rezaban, el doctor Zavala Ortiz estaba pálido pero no decía nada, yo estaba alerta, pero sin miedo y Dan... ¡dormía! El piloto decidió regresar porque el avión no podía volar sobre las nubes. Así que nos instalaron en el mejor hotel disponible, nos dieron una opípara cena y a las 7 de la mañana nos sacaron de la cama y nos pusieron de vuelta en el avión, esta vez sin contratiempo. ¡Dan durmió todo el tiempo!

El doctor Beninson tuvo una extraordinaria carrera en varias áreas de protección contra las radiaciones ionizantes. Fue delegado argentino en las Naciones Unidas y estuvo varios años en Viena como miembro de varios comités internacionales. El lector interesado debe ir al internet para ver los quilates de nuestro compatriota. Entre otras cosas, yo admiraba el talento de Dan frente al tablero de ajedrez. Cuando estuvo en New York, jugaba todas las semanas con Bobby Fischer, esto es, de igual a igual. En un match de 8 partidas rápidas, el resultado fue 5 a 3 a favor de Fischer.

Nuestro último encuentro tuvo lugar en Amsterdam, en ocasión del Meeting Internacional de

Radiobiología. Dan siempre estaba impecablemente vestido, por lo general con un traje azul, camisa blanca y corbata. Y esto a pesar del calor. Una tarde, después del meeting, me invitó a tomar cerveza en un café con mesas en la vereda. Él le agregó una copita de grapa a su cerveza e insistió que yo hiciera lo mismo, sin resultado. A la noche me invitó a un restaurant del Medio Oriente donde servían una cena ¡con 14 platos! Yo no quería creer hasta que los vi en la mesa. No eran muy grandes, pero eran catorce, y exquisitos. Nos llevó sus buenas dos horas, incluido el postre, concluir con todo eso. De allí caminamos hasta una gran plaza enfrente a la estación del tren. Era medianoche y la temperatura exquisita. Allí conversamos otra media hora mientras veíamos la efectividad de la policía local llevándose a vendedores de drogas con gran velocidad. Allí nos despedimos con un chau, nos vemos en algún otro meeting.

Claro, aquí la muerte acechaba detrás de todos esos deliciosos platos...

Dan murió el 21 de Agosto de 2003, y realmente tenía exceso de peso. Habían pasado casi veinte años desde nuestro último encuentro.

En esta búsqueda sobre la posible importancia de la función psi en la sobrevivencia, llegamos a una experiencia increíble que tuvo lugar el 5 de Marzo de 1961, cerca de Oak Ridge, estado de Tennessee. He contado esta experiencia docenas de veces y ahora que la reviso me doy cuenta de las diversas reacciones de mis oyentes. O falta de reacciones, o quién sabe qué pensamientos cruzaban esos cerebros

al escucharme. Una de estas charlas tuvo lugar en una reunión organizada en Minneapolis por Dennis Stillings, el muy conocido filósofo y explorador de lo paranormal. Había allí unos cincuenta científicos, la mayoría de la Universidad de Minnesota, 3M y otras compañías. La charla fue grabada y ofrecida más tarde.

Estos fueron los hechos. Mi amiga Lola, una química española, trabajaba como Postdoctoral con el Premio Nobel Severo Ochoa. Yo había vendido mi coche pues iba a New York por mis últimos seis meses, así que Lola me iba a llevar al aeropuerto y quería practicar la ruta unos días antes. Así lo hicimos y salimos de Oak Ridge una mañana nublada y con un poco de lluvia. Tomamos una ruta angosta y larga que nos llevaba a la ruta principal. Cuando Lola se detuvo antes de entrar a la ruta y doblar a la izquierda, esperó hasta que pudo llegar al centro. En ese momento, yo vi un coche que venía descendiendo una colina a gran velocidad, derecho a nosotros. Yo le había enseñado a manejar a Lola, así que estaba acostumbrada a escuchar mis instrucciones. Haciéndome cargo de que el coche a alta velocidad no parecía habernos visto, urgí a Lola en español, “¡pasa, pasa!”. Ella entendió “para, para,” y se quedó inmóvil. Aproximadamente tres segundos antes del impacto, entre el volante y la rueda delantera izquierda, perdí la conciencia, y en esos tres segundos aparecí rodando hacia adelante y cruzando la línea medianera en la dirección original de nuestro coche! El otro coche siguió su línea como si nada hubiera pasado y se detuvo a unos 300 metros. El velocímetro se había parado a 136 Km. por hora!

Miré si venían vehículos pues estaba del otro lado de la medianera, me paré con la sensación de dientes desaparejos y un tremendo dolor en mis costillas izquierdas. Nuestro coche, un Ford azul de dos puertas, había hecho la trayectoria esperada por el sitio del impacto, hacia nuestra derecha y hacia atrás en un semicírculo hasta detenerse contra el cordón. Lola estaba un poco lastimada en las rodillas y en la cara, pero no era nada serio. Una ambulancia me llevó a un hospital cercano donde los rayos X mostraron cuatro costillas rotas, pero sin ser expuestas. Cuatro días en cama y un poco de morfina y de vuelta a mi entrenamiento en New York City.

La entrevista con el oficial de policía que escribió el informe fue muy interesante, porque por supuesto le pregunté qué le parecía que yo había aparecido en línea recta al otro lado de la ruta cuando lo normal hubiera sido caer abajo del coche por la puerta de mi lado que estaba abierta, y muy posiblemente morir aplastado.

Me miró seriamente y me dijo, “En estos accidentes siempre pasan cosas raras”.

Por supuesto, nunca se le ocurrió que yo había pasado a través del parabrisas sin romperlo! Esto era mucho pedir, no sólo del policía sino de prácticamente todos los que escucharon mi historia. El agente de seguros dijo prácticamente lo mismo!

Ni qué decir que yo mismo me resistí por mucho tiempo a pensar lo impensable.

Pero mi sensación en esos tres segundos fue la de pasar a través de la materia como a través de una película plástica que prácticamente me dejaba pasar.

Empecé a coleccionar información y por supuesto encontré algunas experiencias que merecen ser parte de un libro. Nunca me dediqué a buscar más casos porque para publicarlos hacen falta permisos de las familias y eso lleva tiempo y dinero. Pero un día apareció este caso en el diario de Minneapolis. Viajaban ocho personas en una camioneta cuando explotó una goma y volcó matándolos a todos. Ah! A todos menos uno: un bebé que estaba listo para nacer en una semana, apareció a unos diez metros de distancia, fuera de la ruta y del peligro, con su cordón umbilical cortado y esperando ayuda. Esta llegó. Con la consiguiente sorpresa. En general, los periodistas no saben nada de la psicokinesia...

Encontré otro caso en un libro técnico de fotografía. Un pequeño auto sport se había estrellado contra un poste del telégrafo. Estaba descubierto, su capota doblada en su lugar. El auto parecía un acordeón. ¿Dónde estaba el piloto? Pues el piloto, seguramente guiado por su instinto (ESP), estaba a cuatro o cinco metros de altura, escapando del impacto. Pero, mala suerte, estaba aferrado a las líneas de alta tensión, electrocutado.

Con el correr del tiempo, leí los trabajos del grupo SORRAT, de Rolla, Missouri, dirigidos por el doctor John T. Richards y con la intervención de mi viejo amigo William Ed Cox. Escribí un artículo para *Enigmas* de Madrid con fotos de penetración de objetos hacia adentro y hacia afuera de una cámara herméticamente sellada.

Y por supuesto, tenemos casos de nuestros psíquicos más conocidos: Ray Stanford y Uri Geller.

Para concluir este artículo que se hace ya muy largo relataré un incidente de los varios en que escapé con vida en California, mientras trabajaba para el Lawrence Radiation Laboratory. El Rev. Paul Prather ha relatado esta ocurrencia en su libro *Modern-Day Miracles (How Ordinary People Experience Supernatural Acts Of God)*, Andrews and McMeel, Kansas City, 1996, página 12. Traduzco: “Los milagros suceden aún a aquellos que no practican una religión organizada. En 1967, José Feola, quien desde entonces se ha retirado como profesor de investigaciones médicas, vivía en Berkeley, California. Iba manejando solo hacia un lavadero. Su auto estaba en la línea izquierda de una calle de dos líneas y una sola mano. En el medio de una cuadra escuché una voz que me dijo: ‘¡Cambia de línea!’ dice Feola, un nativo de Argentina. Sorprendido, Feola viró su coche a la línea de la derecha. Inmediatamente, otro coche dio la vuelta a la esquina sobre la línea que él había dejado, yendo en la dirección equivocada en la calle de una dirección. Feola apenas evitó lo que podría haber sido un choque fatal.

“Feola se considera religioso, pero no en ninguna forma tradicional, él no es un creyente en la divinidad de Jesucristo o un frecuentador de la iglesia. ‘Una voz me salvó la vida,’ dice él. ‘Nunca reconocí la voz.’ Él sabe que no era su voz, porque habló en inglés y su idioma nativo es el español. Él no sabe si fue Dios. ‘Usted puede llamarlo lo que quiera. Es muy difícil de decir’ dijo él. Estoy convencido de que hay algo después de nuestra vida.

Evidentemente hay algo que lo protege a usted, o protege a algunas personas”.

Son tantas las ocurrencias, que alguien podría creer que las publico para ir al Guinness Book of Records, pero no es así. Sólo ando buscando la clave de por qué algunos escapamos tantas veces mientras otros sucumben la primera vez.

Una última historia. En 1970, habíamos ido a una reunión científica en Europa con mi señora. Volamos a Suiza, y alquilamos un coche en el aeropuerto de Ginebra. Teníamos cuatro días de tiempo para hacer un paseo por Italia y volver a Ginebra. De vuelta desde Venecia, decidimos hacer tanto camino como fuera posible. Desgraciadamente nos agarró la noche en las montañas del norte de Italia. El camino tiene sólo lugar para un auto y uno ve el precipicio a su izquierda. Sólo existe la luz del coche y por supuesto el camino se hace interminable. Paramos en unas luces de un negocio y nos dijeron que lo más cerca era Domodossola, no muy lejos de allí. “Ahicito no más”, como dicen en Argentina. Después de media hora de pánico, finalmente llegamos a Domodossola. Es una ciudad bastante grande. Enseguida encontramos un hotel que tenía - milagrosamente- una habitación libre. Eran pasadas las ocho, nos asomamos al gran balcón y contemplamos la ciudad. Nos trajeron una cena que había quedado en la heladera y comimos con gran apetito. Entonces le digo a Adriana: “No está mal después de todas las peripecias... Lo único que nos falta es que venga la banda a celebrar nuestra llegada”. Lo juro, en ese preciso momento se escucha

una banda marchando hacia nuestro lugar. El taratachín es inconfundible. Vamos al balcón y allí vienen con el tambor mayor haciéndonos señas y nosotros saludándolo con increíble alegría. Averiguamos al día siguiente que era la banda del pueblo ensayando...

Al día siguiente llegamos de vuelta a Ginebra y dimos un gran suspiro de alivio.

Transcripciones

REFLEXIONES SOBRE EL TIEMPO Concepciones antiguas y modernas sobre el tiempo

Autor: Bruno Severi
Traducción y resumen por Dora Ivinsky

La revista italiana *Metapsichica* publica en su número correspondiente al año 2006, un dossier bajo el título “*Il tempo e i suoi misteri*” (“El tiempo y sus misterios”), en el que intervienen varios autores, con artículos sobre temas como, entre otros, el tiempo en parapsicología, relaciones entre la parapsicología y la física, la naturaleza del tiempo, los estados alterados de la conciencia y el espacio-tiempo. Entre ellos, el artículo de Bruno Severi trata sobre las concepciones antiguas y modernas sobre el tiempo, y es el que a continuación transcribimos en forma resumida.

En su introducción, el autor hace referencia a la importancia que tiene el concepto del tiempo para la parapsicología, en particular para los fenómenos que parecen violar las reglas del normal discurrir del tiempo, como lo son la precognición y la retrocognición.

Alude a un modo frecuente de concebir el tiempo como un río que pasa delante de un observador sentado a su orilla. Una suerte de parpadeo sólo le permitiría al observador ver lo que tiene delante de sí, instante por instante. Lo que ya ha pasado y lo que pasará estarían, así, fuera de su campo visual, por lo tanto no existirían para él. Sin embargo, afirma el Dr. Severi, tanto el parapsicólogo como aquellas personas que han vivido la experiencia en carne propia, están convencidos de que algunas veces y en determinadas circunstancias, los límites del tiempo pueden ser sobrepasados, aunque no tengan por el momento una explicación racional para dar cuenta de ello.

Señala que hasta ahora, dificultades de orden lógico o filosófico han impedido a los parapsicólogos hallar una teoría siquiera mínimamente satisfactoria según la cual interpretar los fenómenos basados en la aparente vulneración de los límites temporales.

Encara a continuación una visión histórica del concepto del tiempo. En el pensamiento griego, “el tiempo, en su inmanente carácter cíclico, estaba siempre asociado, de alguna manera, con el movimiento, considerado ya sea como algo objetivo o como una entidad abstracta útil sólo para la descripción de la naturaleza”. Así, cita a Heráclito

(“nadie puede bañarse dos veces en el mismo río”: lo que prevalece es la transitoriedad, el tiempo lo devora todo); a Platón (relaciona el tiempo con el movimiento de los astros: “los movimientos circulares de los planetas son ‘la imagen móvil de la eternidad’ y, como un inmenso reloj cósmico ponen orden en el devenir del mundo”; a Aristóteles (“El tiempo es movimiento, en un universo inmóvil y sin una mente que las midiera, las dimensiones de la temporalidad no podrían existir”: el tiempo no es una entidad absoluta sino una medida de la mutabilidad de la realidad).

El pensamiento griego aparece exactamente igual en la Roma del primer siglo antes de Cristo. El autor cita a Lucrecio (“no se puede decir que nadie advierta el tiempo separado del movimiento de las cosas”); más adelante, a San Agustín (“Si no me lo preguntan, sé qué es el tiempo. Si me lo preguntan, ya no lo sé”).

Continúa el autor señalando que el próximo cambio importante de posición es el asumido por Galileo, para quien “el tiempo constituía una cantidad mensurable y una magnitud necesaria para el conocimiento del universo”. Es decir, que “un tiempo que sea matemáticamente divisible es necesario para el conocimiento final de la naturaleza”.

El siguiente paso se produce en el siglo XVII con la obra de Isaac Newton. Aquí, “al tiempo, así como al espacio, se le atribuía una realidad absoluta, independiente de toda otra cosa. Su transcurrir era uniforme y tenía una única dirección, del pasado al futuro. Su carácter absoluto se reflejaba en el hecho

de que un evento percibido por un observador, era percibido contemporáneamente por cualquier otro observador. En otros términos, el tiempo era el mismo para todos. El tiempo es ahora el gran dominador que no responde a ninguno, no es influido por nada, y es completamente independiente del ambiente”.

Consecuencia directa de esta concepción clásica del tiempo es el principio de causalidad: todo lo que sucede tiene una causa que precede indefectiblemente al efecto.

En este punto, señala B. Severi, no es posible dejar de citar el pensamiento determinista de Laplace: “el conocimiento exacto del estado inicial de un sistema físico es suficiente para prever con certeza su estado futuro, y por lo tanto, existe siempre una causa definida que determina de manera unívoca su evolución”.

Cita a continuación el pensamiento de Descartes: el tiempo es una suerte de emanación divina. “Sostiene que todo cuerpo material tiene la propiedad de la extensión espacial, pero no la de la duración temporal. Sería Dios, con una incesante y continua acción, quien recrease el cuerpo en cuestión en cada instante sucesivo. Por lo tanto, el tiempo resulta ser un proceso de continua creación divina”.

Se refiere luego a las visiones contrapuestas de otros filósofos. Así, para Leibniz, “ ‘Espacio y tiempo son ordenamientos de las cosas, no son cosas’. El sentido que se debe dar a esta frase es que el espacio y el tiempo son categorías de la mente que el hombre ha creado para poner orden en el fluir de los

acontecimientos”. Similar pensamiento es el de Kant: el espacio y el tiempo no son objeto de la percepción, sino un modo de percibir los objetos y los acontecimientos.

Observa el autor que hay una divergencia notable entre la noción del tiempo de los filósofos y la de los físicos, y señala: “Para estos últimos el tiempo era tratado como una magnitud física mensurable y casi tangible y como tal entraba en sus ecuaciones básicas y en sus especulaciones”.

Es a partir de fines del siglo XIX, sin embargo, que esta magnitud física adquiere para los científicos significados totalmente nuevos, y se produce una colisión entre dos concepciones fundamentales del tiempo: la de la mecánica, por una parte, en que el tiempo podía fluir tanto hacia delante como hacia atrás, y la del segundo principio de la termodinámica, en que la flecha del tiempo apuntaba inexorablemente hacia el futuro. Algunos eminentes hombres de ciencia comenzaron a aceptar la idea de que el tiempo no tiene un valor absoluto. Luego, Albert Einstein, con la teoría de la relatividad, ensanchó los límites de este mundo al agregarle una dimensión más: en adelante no se hablaría ya de tiempo y espacio como entidades separadas, sino de su íntima unión en un *continuum* espacio-temporal de cuatro dimensiones.

Las derivaciones de esta teoría modifican sustancialmente la concepción del tiempo. En este contexto cuatridimensional, mientras un observador situado en determinado punto ve por ejemplo dos acontecimientos A y B como simultáneos, puede suceder que otro observador situado en otro punto vea

ocurrir primero A y luego B, y aún, que un tercer observador vea ocurrir primero B y después A.

De tal modo –sigue diciendo Severi– “el observador que al principio de este artículo miraba correr el río sentado a su orilla, ahora se ha elevado sobre una colina y, con una sola mirada, ya sin parpadear, abarca todo el río, incluso aquella parte que antes estaba oculta bajo la forma de pasado o de futuro”.

Cierra el autor esta reseña histórica remitiéndose al estado actual de las concepciones del tiempo. Observa que, aparte de algunos puntos que podrían considerarse firmes, el cuadro no está aún bien definido, y la realidad se presenta “más complicada y paradójica” de cuanto hasta hace no muchas décadas se hubiera podido imaginar. Agrega que: “En la difícilísima tarea de unificar las fuerzas fundamentales de la naturaleza, las teorías físicas más avanzadas requieren un trasfondo dimensional mucho más amplio del que diera Einstein: algunas de estas teorías requieren 5 o 6 dimensiones, otras 8, y aún otras 10 u 11. Los recientes progresos alcanzados por la termodinámica, la relatividad, la física cuántica, la cosmología y la teoría de la información, antes que aclarar los problemas atinentes a la verdadera naturaleza del tiempo (o mejor, del espacio-tiempo) parecen confundir aún más las cosas. Según el punto de vista, se han reconocido diversos tipos de tiempo que poco tienen que ver uno con el otro: el tiempo de la mecánica de Newton, el de la termodinámica, un tiempo cosmológico, un tiempo imaginario y un tiempo psicológico o subjetivo, por citar sólo los principales”. Concluye esta reseña recordando que

“actualmente parece afirmarse la opinión de que en la física el tiempo es un concepto del que no podemos hablar sin recurrir en alguna medida a la conciencia”, y señalando que este clima de incertidumbre en los distintos campos de la ciencia “testimonia el hecho de que, desde los tiempos de Heráclito, Parménides y Aristóteles, el tiempo ha mantenido intactos e irresueltos muchos de sus primitivos misterios”.

En esta línea están trabajando algunos científicos. Así, por ejemplo, el premio Nobel Sir Arthur Eddington, después de discutir los fundamentos físicos y filosóficos de la teoría de la relatividad, de la gravitación y de la mecánica cuántica, concluía: “Las leyes de la naturaleza son indiferentes con respecto a la dirección del tiempo. No hay diferencia entre pasado y futuro”. A esta opinión se contrapone la de otro premio Nobel, Ilya Prigogine, quien sostiene la idea de un tiempo unidireccional: la flecha del tiempo apunta siempre hacia el futuro. El autor cita también a otros físicos teóricos, como Olivier Costa de Beauregard, quien habla de un principio de causalidad “zigzagueante”: causa y efecto estarían regidos por una flecha del tiempo que, aunque apuntando al futuro, corre caprichosamente en todas direcciones; habla también de la retrocausación como una ley fundamental de la naturaleza. Otro científico citado es Paul Davis, quien propone una significativa hipótesis: “... la teoría cuántica requiere una suerte de principio de causalidad temporal inversa, en cuanto la observación efectuada hoy puede en alguna medida determinar la realidad del pasado remoto”. Cita también el autor a John Archibald Wheeler, para quien “La física

cuántica demuestra que lo que el observador hará en el futuro define lo que acaece en el pasado...”. En otras palabras –añade el autor– el efecto precedería a su causa, y recuerda que Wheeler siempre ha manifestado aversión por lo parapsicológico, aunque sus ideas parecen, por el contrario, darle apoyo teórico.

Señala el autor en sus conclusiones: “Creo que si la ciencia descubre fenómenos que parecen trascender los límites temporales, si propone máquinas del tiempo que pueden invertir nuestro ‘natural’ sentido de marcha del tiempo, si la distinción entre pasado, presente y futuro pierde cada día más de su valor, entonces me parece que la parapsicología y la ciencia navegan en el mismo mar y deben afrontar problemas similares. Afirmando que ahora más que nunca es necesario que estos dos aspectos del saber hallen un punto de encuentro y una ruta común”. “Para ello –añade– ambas, pero particularmente la parapsicología, deben liberarse de esquemas mentales demasiado rígidos y abrirse a los nuevos vientos que soplan. Esto ya está sucediendo. Algunos parapsicólogos están explorando ciertos sectores de la física de vanguardia para encontrar en ellos eventuales relaciones (o nuevas ideas e inspiraciones) con la fenomenología paranormal”.

Ciencia y educación

Parapsicología y neurociencias

Que el yo consciente pueda en ciertas circunstancias separarse del cuerpo físico es un fenómeno largamente estudiado en parapsicología, y antes también, y fue atribuido a distintas causas según el paradigma vigente en cada época.

Ya el espiritismo había observado el llamado fenómeno de bilocación, por el cual un sensitivo (o también una persona sin especiales aptitudes paranormales) estando en un lugar puede aparecer visible en otro sitio y ser visto por otras personas. En parapsicología se observaron e incluso se sometieron a experimentación las experiencias extracorpóreas (llamadas en inglés OBE, *out-of-the-body-experience*), en las cuales el sujeto se ve separado de su cuerpo físico, generalmente como flotando en el aire a cierta distancia de él.

La eventual aceptación de que tal fenómeno pueda ocurrir plantea un problema filosófico, porque si el yo (la conciencia) puede existir momentáneamente separado del cuerpo físico en vida, ¿por qué no podría tener una existencia autónoma, siquiera de manera transitoria, después de la muerte física?

Relacionado con estos fenómenos está el de las apariciones, que para el espiritismo consisten en la presencia de un espíritu que se hace visible en el mundo físico. En parapsicología se ha estudiado la sensación de una presencia extraña cerca de uno, así como la experiencia de sentirse mirado.

Mucho se ha discutido sobre la autenticidad o no de todos estos fenómenos. En todo caso, las personas que los han experimentado no tienen dudas de que han sucedido.

En fecha reciente se han publicado los trabajos realizados por unos neurocientíficos, según los cuales las experiencias de ese tipo pueden ser inducidas por la transmisión de corrientes eléctricas leves a puntos concretos del cerebro.

Circula en Internet un artículo de S. Blakeslee, de Nueva York, bajo el título “Los científicos estudian las bases neurológicas de las experiencias extracorpóreas y paranormales”, el cual relata algunos de esos trabajos. Por ejemplo, en una mujer, una descarga en una región cerebral conocida como girus angular le provocó la sensación de que estaba colgando del techo, mirando su cuerpo. En el caso de otra mujer, la corriente eléctrica transmitida al girus angular le causó la extraña sensación de que tenía a alguien detrás que pretendía inmiscuirse en sus acciones. Ambas mujeres estaban siendo evaluadas para una operación para corregir la epilepsia en el Hospital Universitario de Ginebra.

Olaf Blanke, un neurólogo de la École Polytechnique Fédérale de Lausana, en Suiza, que llevó a cabo los procedimientos, dice que las mujeres presentaban unos historiales psiquiátricos normales y que quedaron atónitas ante la extraña naturaleza de sus experiencias.

Peter Brugger, neurocientífico del Hospital Universitario de Zúrich, quien no participó en los experimentos, pero es un experto en extremidades fantasma –es decir, la sensación de seguir notando un

miembro que ha sido amputado— y otros fenómenos alucinantes, asegura que “la sensación de una presencia enigmática se puede producir sin estimulación eléctrica del cerebro”. Ha sido descrita por personas que sufren una privación sensorial, como los montañistas que se encuentran a grandes altitudes o los marineros que atraviesan solos el océano, y también por personas que han sufrido apoplejías menores u otras alteraciones del riego sanguíneo al cerebro.

Los científicos han adquirido más conocimientos sobre estas extrañas sensaciones corporales, dice Olaf Blanke, a raíz del descubrimiento de ciertas regiones cerebrales que son de procesamiento multisensorial, es decir, que combinan información de varios sentidos. La vista, el oído y el tacto inicialmente se procesan en las regiones sensoriales primarias. Pero luego fluyen juntos, como los afluentes de un río, para crear la totalidad de las percepciones de una persona. Los sensores de la piel ofrecen información sobre presión, dolor, frío y sensaciones similares. Los sensores de las articulaciones, los tendones y los huesos indican al cerebro dónde está ubicado en el espacio. Los sensores de los oídos buscan el sentido del equilibrio. Y los de los órganos internos, incluidos el corazón, el hígado y los intestinos, dan una lectura del estado emocional de una persona. La información corporal a tiempo real, el espacio que rodea al cuerpo y las sensaciones subjetivas del mismo también están representadas en regiones multisensoriales.

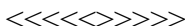
Blanke señala que si por alguna circunstancia una de estas informaciones resulta contradictoria, el

intento del cerebro por comprenderla a fin de mantener la sensación de integridad corporal puede hacer que personas por lo demás normales experimenten alucinaciones corporales sin darse cuenta de que es una creación del cerebro.

Según Peter Brugger "La investigación demuestra que el yo puede separarse del cuerpo y vivir una existencia fantasmal por sí solo, como ocurre con una experiencia extracorpórea; o puede hacerse sentir fuera del espacio personal, como es el caso de la percepción de presencias".

CONGRESOS Y EVENTOS

- ❖ **Investigaciones Científicas y Esotéricas:** será el tema del XXX Congreso Paracelso, XIII Congreso de Parapsicología y VII Congreso de Psicoanálisis, organizados por el Círculo Paracelso, el Instituto Dominicano de Parapsicología y el Círculo Psicoanalítico, que tendrá lugar el 24 de septiembre próximo, en Santiago de los Caballeros (República Dominicana).



REVISTAS RECIBIDAS

Hemos recibido, y agradecemos:

- *Journal of the Society for Psychological Research* – Vol. 71.2, Nr. 887 – April 2007.
 - *Metapsichica* – Anno 60 - 2006
-